

Palabras de despedida a Rosario Lucas Pellicer (1937-2004)

Por Manuel Bendala Galán

Un día de diciembre del pasado 2003, Rosario Lucas rompió el pudoroso silencio que quiso guardar un tiempo sobre la gravedad de su marido, de Vicente, y nos dijo, desolada, tras comentar las últimas malas noticias de los médicos: “lo malo de todo esto es que no significa otra cosa que el comienzo del fin”. Lo decía con inmensa y serena tristeza, derrumbadamente firme, a la espera de un consuelo que deseaba más que necesitaba. Apenas pudimos balbucear nuestro estupor, mientras nos inundaba la certeza de que ella y todos sus próximos habríamos de andar en el inmediato futuro el delicado y lacerante camino de la despedida definitiva de una persona querida. Imposible era suponer que la predicción y la despedida correspondería a los dos.



Porque poco después del doloroso desenlace de la muerte de Vicente Viñas, en la noche de la Navidad, sobrevino –el 26 de abril de 2004- el repentino fallecimiento accidental de la Profesora Lucas, de Charo. Pareciera que el Destino se apresurara a cerrar conjuntamente el discurrir de dos vidas que, larga y armoniosamente, transitaron también juntas su camino; que la Parca se sirviera del tirón inocente e irracional del perro de ambos –más de él que de ella, una pertenencia que lo trastornó con el peor de los resultados-, para ponerla ante la acometida del coche que la golpeó apagando bruscamente la luz de su vida. Sin dolor físico, sin la amargura o la incertidumbre de verse abocada al final, en un adiós sin adiós, Charo se marchó dejándonos sumidos en un doloroso sentimiento de orfandad.

Nunca sabremos si le hubiera confortado la idea de no seguir más allá su andadura, pero sí sabemos que, alentada por la memoria palpitante, asombrosamente juvenil, de Vicente y por el enorme caudal de vida que juntos crearon –con sus hijos y su familia, con sus amigos y próximos-, decidió mirar al futuro con digna y admirable resolución, con la alegría de vivir que la caracterizó siempre. Menuda, cálida y suave en la forma de conducirse, de hablar, era al tiempo depositaria de una energía y una firmeza casi titánicas. No de otra forma resulta explicable su rotunda biografía.

Vino al mundo en plena crisis de la guerra civil, en el duro paisaje de sus tierras turolenses. Le esperaban años de esfuerzo, de cuevas arriba al paso de una sociedad que, más que labrar sosegadamente su biografía colectiva, le cupo en suerte cubrir una verdadera epopeya sociológica. Rosario Lucas, una de sus calladas protagonistas, demostró pronto que sólo se podía sobrevivir –y sobrevivir bien- a golpe de capacidad de decisión, de esfuerzo, de sentido del humor, de inteligencia, de bondad para limar asperezas. Y decidió modelar el barro de su biografía sin renunciar a nada de cuanto consideró cosa propia: su vocación universitaria, su amor por la familia, su interés en ser y en estar donde resultara conveniente, su curiosidad intelectual, científica y personal.

No es posible reunir en unos pocos párrafos los detalles y matices de una biografía tan densa y apretada como la de Charo, ni es el propósito de estas líneas evocadoras, de dolorosa despedida, escritas amasando lo que unos y otros sentimos, pensamos y recordamos en el Departamento, que fue más

de ella que de nadie, en la medida en que fue parte sustantiva de él desde la fundación de la Universidad Autónoma en 1968. Era uno de los pocos profesores sobrevivientes de aquella etapa fundacional, ilusionada y dura, de modo que también en esto hubo de hacer frente a la ardua tarea que significa poner en marcha una nueva Universidad. Fueron tiempos, además, políticamente difíciles, con roces que le ocasionaron no pocas heridas, cuyas cicatrices apenas miró ni exhibió, para no distraer su propósito de encarar más complacidamente el quehacer cotidiano.

Hacer una gran y numerosa familia, de la que fue siempre su columna vertebral, sostener antes y después una activa vida académica y universitaria, con retos tales como la participación en la gran misión española en Egipto –encabezada por el Prof. M. Almagro- para estudiar y salvar los monumentos amenazados por la presa de Asuán (años sesenta), o integrarse en el equipo dedicado a estudiar los dólmenes y la cultura megalítica portuguesa bajo la dirección de la alemana Vera Leissner, estar presente en multitud de foros en el ajetreado Madrid..., para una mujer de su tiempo representó una tarea inmensa, el ejercicio de una de esas voluntades capaces de echarse el mundo a la espalda y quitándole horas al sueño, multiplicándose a sí misma, vivir plenamente varias vidas –la de madre de familia, la de docente, la de investigadora y gestora en la Universidad o en los museos-, capaces, cada una por separado, de abrumar a cualquiera.

Lo más estimulante en Charo Lucas era verla vivir todo ello con una asombrosa naturalidad. Podía mostrarse, alguna vez, algo cansada; menos, cuando últimamente rodaban más autónoma, inercialmente, sus realidades familiares o profesionales, aunque coincidía con etapas de la vida en que las fuerzas empiezan a dar muestras de limitación, de pereza. Era, seguramente, la clave de su éxito el comentado sentido del humor, la capacidad de ironía, de templar las acometidas de la vida con una mirada maliciosamente distraída, quitándole importancia a todo, quitándose a sí misma siempre. Componía así un personaje singular, entrañable y sorprendente, capaz de volar muy por encima de las obsesiones y preocupaciones que abruman a la mayoría; y de regalar a sus próximos, al margen de cualquier convención, con la gesta de la preparación de una comilona, la noticia de un libro desconocido para los demás mortales, o la sonrisa cómplice de una bondad y una sabiduría de otro mundo.

Descanse en paz.